

Esto mismo os digo yo, católicos, al acabar una materia tan terrible. En vosotros consiste el elegir y declararos. Aquí está la diestra y la siniestra, las promesas y las amenazas, las bendiciones y las maldiciones; vuestra suerte camina sobre esta terrible alternativa: ó estareis al lado de Satanás y sus ángeles, ó al de los escogidos con Jesucristo y sus santos. No hay medio, católicos; yo os he manifestado el camino que conduce á la vida y el que lleva á la perdición. ¿Por cuál de los dos caminais? ¿á que lado os pondráis si en este instante hubiérais de parecer ante el terrible tribunal? La muerte es como la vida; temed que la suerte que hoy os toca sea la que os toque eternamente; salid desde ahora de vuestros caminos de iniquidad, empezad á vivir como los justos, si quereis en aquel último dia ser colocados á la diestra y subir en su compañía á la feliz morada de la inmortalidad. Amen.



SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS AFLICCIONES.

Beatus qui non fuerit scandalizatus
in me.

Feliz el que no tomase de mí motivo
para caer y escandalizarse.

MATTH. 2, v. 6.

Felicidad es, y felicidad rara, el no escandalizarse de Jesucristo. ¿Pero qué podia haber en él, que es la misma sabiduría, el resplandor del Padre y la imágen sustancial de todas sus perfecciones, qué podia haber en él que fuese á los hombres motivo de escándalo? Su cruz, católicos, su cruz que en otro tiempo fué el escándalo de los judíos, y es y será en todos los siglos el escándalo de la mayor parte de los cristianos. No entiendo por esta cruz solamente la que Su Majestad llevó, sino tambien la que á su ejemplo nos manda llevar, sin la que no quiere reconocernos por discípulos suyos, ni repartir con nosotros su gloria, en la que el mismo Señor entró por el camino de la cruz.

Esto es lo que nos turba y esto es lo que nos parece bien en nuestro divino Salvador; quisiéramos que pues fué preciso que él padeciese sus penas, hubiesen sido para nosotros como un título de excepcion y nos hubiesen merecido el privilegio de no padecer con él. Desengañémonos, católicos, de nosotros depende el hacer meritorias nuestras penas; pero el padecer ó no, no quedó en nuestro arbitrio. La Providencia ha dispuesto los bienes y los males de esta vida con tanta sabiduría, que cada uno en su estado, por feliz que parezca su suerte, halla cruces y amarguras que contrapesen sus placeres. No hay, pues, felicidad perfecta en la tierra, porque este no es el tiempo de los consuelos, sino el de los trabajos. La elevacion tiene sus sumisiones é inquietudes, la oscuridad sus abatimientos y desprecios, el faundo sus cuidados é inconstancias, el retiro sus tristezas y enfados, el matrimonio sus antipatías y furros, la amistad sus quiebras y traiciones, y aun la piedad tiene sus repugnancias y disgustos: finalmente, todos los hijos de Adan, por un inevitable destino, hallan sus propios caminos sembrados de zarzas y espinas: el estado mas feliz en la apariencia tiene sus secretas amarguras que corrompen toda su felicidad. El trono es el asiento de los pesares, del mismo modo que el puesto mas inferior. Los palacios soberbios ocultan cuidados crueles, del mismo modo que el techo del pobre y del labrador. Y para que no cobremos aficion á nuestro destierro, todos los dias estamos experimentando que falta alguna cosa á nuestra felicidad.

No obstante, aunque destinados á padecer, no podemos amar los trabajos; aunque heridos cada dia con una nueva afliccion, no sabemos convertir en mérito nuestras penas; aunque nunca somos dichosos porque nos es necesario lle-

var nuestra cruz, no sabemos hacer que á lo menos ésta nos sea útil. ¡Gran talento tenemos para privarnos de todo el mérito de nuestras penas! Unas veces buscamos en la flaqueza de nuestro corazon la excusa de nuestros sentimientos y murmuraciones, otras veces en el exceso ó cualidad de nuestros trabajos, otras finalmente en los estorbos que nos parecen ponen á nuestra salvacion; esto es, nos quejamos unas veces de que somos muy flacos para sufrir con tranquilidad nuestras penas, otras de que naestras penas son muy excesivas, y otras de que en este estado es imposible pensar en la salvacion.

Estos son los tres pretextos que regularmente se oponen en el mundo al uso cristiano de las aficciones; el pretexto de la propia flaqueza, el pretexto del exceso ó naturaleza de las aficciones, y el pretexto de los obstáculos que parece oponen á nuestra salvacion. Estos pretextos son los que debemos confundir oponiéndoles las reglas de la fe. Escuchadme todos, y sabed que la mayor parte de los hombres no se condena solamente por los placeres. ¡Oh! son estos muy raros en la tierra y los sigue muy de cerca el disgusto; condénanse por el uso poco cristiano que hacen de sus trabajos. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El lenguaje mas comun de las almas á quienes el Señor aflige, es alegar su propia flaqueza para justificar el uso poco cristiano que hacen de sus aficciones. Confiesan y se quejan de no haber nacido con bastante fortaleza para poder conservar un corazon sumiso y tranquilo; dicen que no hay mayor felicidad que el poder ser insensible, que este carácter nos libra de muchos trabajos y pesares inevitables

en la vida; pero que nosotros no podemos formarnos un corazón á nuestro gusto, que la religion no hace fuertes ni filósofos á los que nacieron con inclinaciones mas suaves y mas humanas, y que el Señor es tan justo, que no nos imputará á delito nuestras propias desgracias.

Pero para confundir aquí una ilusion tan comun y tan indigna de la piedad, advertid primeramente, católicos, que cuando Juscristo mandó á todos los fieles que llevasen con sumision y amor la cruz que Su Majestad les destina, no añadió que este precepto tan justo, de tanto consuelo y tan conforme á su ejemplo, era solo para las almas fuertes é insensibles; no distinguió entre sus discípulos á los que la naturaleza, el valor ó las reflexiones habian hecho mas firmes y constantes, de los que eran naturalmente mas débiles y delicados, para obligar á los unos á una penitencia y una insensibilidad que no les costase casi nada, y dispensar á los otros de lo que pudiera costarles trabajo.

Por el contrario, sus divinas reglas son remedios, y cuanto mas distantes parezcamos, por razon del carácter de nuestro corazón, tanto mas útiles y necesarias son para nosotros: por lo mismo que sois flaco y que las menores contradicciones hallan siempre vuestro corazón mas vivo y mas opuesto al sufrimiento, por lo mismo el Señor debe haceros pasar por tribulaciones y amarguras, porque los flacos, y no los fuertes, son los que tienen necesidad de ser probados.

Y á la verdad, ¿en qué consiste el ser flaco y sensible? Consiste en amarse excesivamente á sí mismo, en entregarse todo á la naturaleza negándose todo á la fe, en dejarse llevar de la viveza de sus inclinaciones y en no vivir mas que para gozar de su sosiego y de sí mismo, como si fuera esta la única felicidad del hombre. En este estado, pues, y con

este caudal excesivo de amor propio y del mundo, si el Señor no dispusiera modo de afligir vuestra flaqueza, si no hiriera á vuestro cuerpo con una habitual debilidad que hace que el mundo os fastidie, si no os dispusiera las pérdidas y pesares que hacen que el retiro os sirva de comodidad, si no trastornara ciertos proyectos de modo que oscureciendo mas vuestra fortuna os apartan de grandes peligros, si no os colocara en ciertas circunstancias en que algunas obligaciones tristes é inevitables ocupan lo mas precioso de vuestros dias; en una palabra, si no pusiera entre vuestra flaqueza y vos mismo una barrera que os sujeta y detiene, ¡oh qué presto hubiera naufragado vuestra inocencia! Hubiérais sin duda abusado de la paz y de la prosperidad; vosotros, que aun en medio de las aflicciones y trabajos no hallais seguridad, y que aunque afligidos y separados del mundo y de los placeres, no podeis volveros á Dios, ¿qué os sucederia si en un estado mas feliz no tuvieran freno vuestros deseos? La misma flaqueza y el mismo peso del amor propio que tanto os hacen sentir el dolor y la afliccion, os expondrian mas al peligro de los placeres y de las prosperidades humanas.

Por lo que no es excusa de nuestras tibiezas y murmuraciones el confesar que somos flacos y débiles para sufrir los golpes con que Dios nos hiere: la debilidad de nuestro corazón proviene solamente de la flaqueza de nuestra fe. Una alma cristiana debe ser una alma fuerte y á prueba, como dice el apóstol, de persecuciones, de oprobios, de enfermedades y aun de la misma muerte. Podrá ser oprimida, continúa el mismo apóstol, pero nunca será abatida; podrán quitarla sus bienes, su fama, su sosiego, su fortuna y aun su vida; pero no podrán quitarla el tesoro de la fe y de la gracia que tiene oculto en lo íntimo de su corazón, y

que con abundancia la consuela en todas estas leves y pasajeras pérdidas: la podrán hacer derramar lágrimas de sentimiento y de tristeza, porque la religion no destruye los sentimientos de la naturaleza; pero inmediatamente desaprueba su corazon su flaqueza, y de sus lágrimas carnales hace lágrimas de penitencia y de piedad. ¿Pero qué es lo que digo? Una alma cristiana se regocija en las mismas tribulaciones, las mira como señales del amor que Dios la tiene, como preciosa prenda de las futuras promesas, como felices rasgos de su semejanza con Jesucristo, y que aun en esta vida la dan un seguro derecho á su gloria inmortal. Ser flaco y volverse contra Dios en los trabajos, es haber perdido la fe y no ser cristiano.

Confieso que hay algunos corazones mas tiernos y mas sensibles al dolor; pero esta sensibilidad les ha quedado para aumentar el mérito de sus penas y no para excusar su impaciencia y sus murmuraciones. No condena el Evangelio el sentimiento, condena sí el desordenado uso del dolor. Quanto mas sensibles somos por naturaleza en nuestros trabajos, tanto mas debemos serlo en los consuelos de la fe. La misma sensibilidad que abre nuestros corazones al pesar que mortifica, debe abrirlos á la gracia que alivia y que consuela. Las aflicciones son mejor socorridas en un buen corazon, porque la gracia halla en él mas fácil entrada. El dolor inmoderado mas es efecto de la furia que de la bondad del corazon, y el no poder sujetarse á Dios ni consolarse en sus trabajos, no es ser tierno y sensible, sino feróz y desesperado.

Además. Todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza, y si no teneis la suficiente para llevar con sumision la cruz con que el Señor quiere afligiros, tampoco la tendreis para la observancia de los demás preceptos que os

impone la doctrina de Jesucristo. Se necesita de fortaleza para perdonar una injuria, para decir bien de los que nos calumnian y para ocultar los defectos de los que intentan oscurecer vuestras virtudes; se necesita de fortaleza para huir del mundo que nos agrada, para desviarse de los deleites á los que nos inclinan nuestras pasiones, para resistir á los ejemplos que autoriza la multitud y que la costumbre ya casi ha llegado á establecer por ley; se necesita de fortaleza para usar cristianamente de la prosperidad, para ser humilde en la elevacion, mortificado en la abundancia, pobre de corazon entre los bienes perecederos, desprendido de todo aun cuando todo se posea, y para estar llenos de deseos del cielo en medio de todas las felicidades de la tierra; se necesita de fortaleza para vencerse á sí mismo, para reprimir un deseo, para ahogar una passion que agrada y para traer continuamente arreglado á un corazon que continuamente se extravía. Finalmente, recorred todos los preceptos del Evangelio, no hay uno que no suponga una alma fuerte y generosa, en todo es necesario violentarse; el reino de Dios es un campo que es necesario siempre cultivar, una viña en que es preciso pasar el peso del dia y del calor, una lucha en que es necesario pelear con continuacion y valentía; en una palabra, el discípulo de Jesucristo luego que se muestra flaco, puede contarse por vencido; hasta las menores obligaciones de la fe son costosas, en todo se halla el carácter de la cruz, que es el espíritu dominante, y si os falta la fortaleza un solo momento estais perdidos: excusarse, pues, con la flaqueza, es decir que nada del Evangelio se hizo para nosotros, y que no solamente no podemos ser obedientes y sufridos, pero ni tampoco castos, humildes, desinteresados, mortificados, pacíficos ni caritativos.

Pero además de esto, católicos, por grande que sea nuestra flaqueza, siempre debemos confiar en la bondad de nuestro Dios y creer que nunca permite que seamos afligidos ni tentados mas de lo que permiten nuestras fuerzas, que siempre proporciona el Señor las aflicciones á nuestra debilidad, que derrama sus castigos como sus favores, con peso y con medida, que aunque nos castiga no quiere perdernos, sino purificarnos y salvarnos, que él mismo nos ayuda á llevar la cruz que nos impone, que nos castiga como padre y no como juez, que con la misma mano con que nos hiere nos sostiene, y que la misma vara que hace la herida derrama en ella el aceite y la miel que la cura; conoce el carácter de nuestros corazones y hasta dónde llega nuestra flaqueza, y como al tiempo que nos aflige no quiere perdernos, sino santificarnos, sabe hasta dónde ha de extender su mano, para que por una parte no se minore nuestro mérito si las penas son demasiado ligeras, y por otra no le perdamos del todo si fueran superiores á nuestras fuerzas.

¿Qué otro fin puede tener, católicos, en llenar nuestra vida de amarguras? ¿os parece acaso que es un Dios cruel que solo se deleita en que sus criaturas sean infelices? ¿que es algun bárbaro tirano, que solo halla su seguridad y su grandeza en las lágrimas y en la sangre de los vasallos que le adoran? ¿que es un señor envidioso que no se tiene por feliz mientras participan de su felicidad sus esclavos? ¿os parece que para que él sea dichoso es necesario que nosotros suframos, gimamos y padezcamos? No, fieles, por nosotros solos nos castiga; su amor sufre, por decirlo así, parte de nuestros males; pero como su amor es un amor justo é ilustrado, quiere dejarnos padecer porque prevé que si pusiera fin á nuestras penas, aumentaria nuestras miserias: es un médico compasivo, dice San Agustin, que

aunque se compadece de los gritos y trabajos de su enfermo, con todo eso, corta hasta lo vivo todo cuanto halla corrompido en la llaga: nunca es para con nosotros mas suave y amoroso que cuando se manifiesta mas severo, y es preciso que las aflicciones nos sean muy útiles y necesarias, cuando un Dios tan bueno y tan piadoso se determina á afligirnos.

Refiere la Escritura Santa que el patriarca José, colocado en las primeras dignidades de Egipto, no podia detener sus lágrimas y sentia renovarse en su corazon el amor á sus hermanos, al mismo tiempo que les manifestaba mas aspereza y fingia no conocerlos: *Quasi ad alienos durius loquebatur... avertitque se parumper, et flevit.*¹ Este es el modo con que nos castiga Jesucristo; finge, si es lícito decirlo así, no conocernos por sus coherederos y hermanos, nos castiga y trata con aspereza como á extraños; pero este disimulo cuesta mucho á su amor, no puede sufrir por mucho tiempo este carácter de severidad que le es como ajeno, sus gracias salen inmediatamente á suavizar sus golpes, se manifiesta al instante como es en sí, y no tarda su amor en disipar estas apariencias de rigor y enfado: *Quasi ad alienos durius loquebatur... avertitque se parumper, et flevit.* Juzgad si los golpes que vienen de una mano tan amiga y favorable, podrán dejar de ser proporcionados á nuestra flaqueza; no echemos, pues, la culpa de nuestras impaciencias y murmuraciones á la flaqueza de nuestro corazon, sino á su corrupcion.

¿Cuántas tiernas doncellas desafiaron en otro tiempo la barbaridad de los tiranos? ¿Cuántos niños aun antes de saber sufrir los trabajos de la vida, corrieron alegres á ofre-

¹ Genes. 42, v. 7, 24.